

LA REVISTA DE SANTANDER

1930

A B R I L

Núm. 4

CUELLO DE PAJARITA Y PINTURA NEGRA

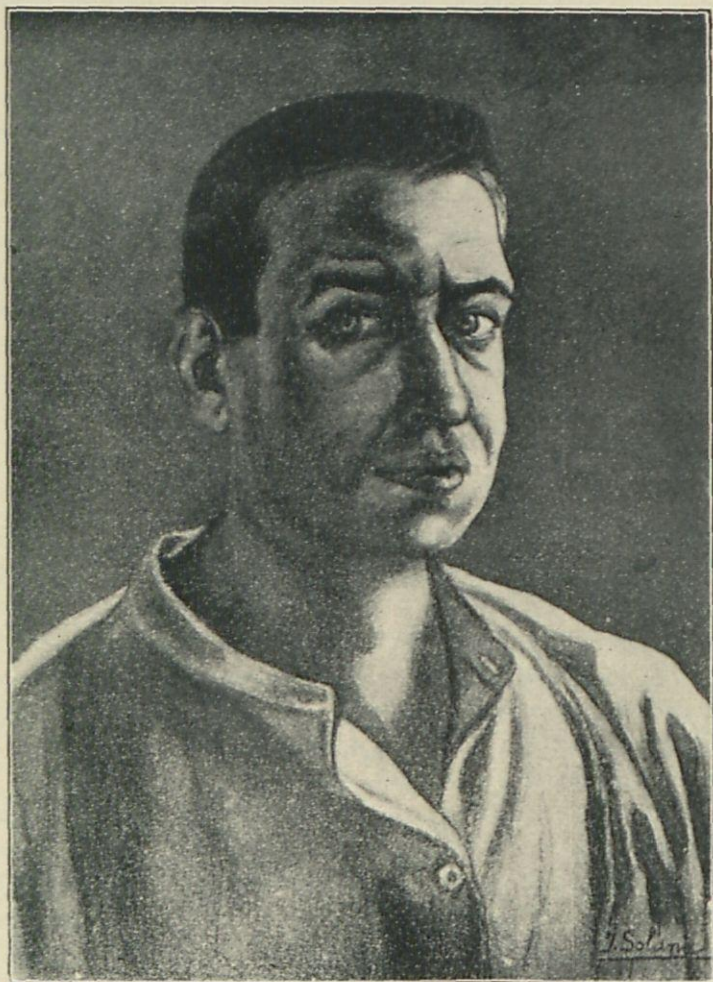
SOLANA

RETRATO

Por las portezuelas abiertas del cuello de pajarita surge la cabeza—automáticamente—, como si a una caja de sorpresas se le hubiera oprimido el botón.

En los esfuerzos por salir, en las contorsiones atropelladas del nacimiento—la cabeza—, ha adquirido leve inclinación, exaltación apasionada de la cabeza con relación al tronco, de talla religiosa; y la nariz y la boca, hociudas, se adelantan en un gesto de sorpresa, de conocer por primera vez, oliendo y gustando—afrodisíacamente—, los más extraños placeres del gusto y olfato. La boca desequilibrada rompe la armonía del conjunto; y para contrarrestar este desequilibrio facial, en la comisura inferior, la contraria a la que se adelanta en el carrillo: un puro; puro protagonista en su cara, a medio consumir, a medio encender y a medias comido. Los ojos vivarachos, a ratos maliciosos, cuando relata picardías sucedidas; a ratos penetrantes, para dar con el color, el gesto y la enfermedad de sus personajes; otras veces, «como idos», cuando deja que los demás sigan hablando, para volver él sobre el tema que abandona y recupera, sin importarle que la conversación se haya mudado de asunto. La frente, abombada; el pelo, gris y corto, con un moñete suicida de clown, en lo alto de la cornisa. Pensamiento rápido y palabra difícil; pero salva su léxico, pobre y anquilosado, con imágenes repentinas y metáforas gráficas. En su conversación no hay titubeos ni silencios prolongados y embarazosos. Todo es llano para él. ¿A qué detenerse a meditar la palabra precisa o la frase pulida, si el pensamiento ha saltado ya por tres empalizadas y en su imaginación

se han sucedido multitud de croquis? No es estilista pensando, ni escribiendo ni pintando; pero pensando y escribiendo siempre se trasluce en él al pintor—este gran pintor, tan español—que elimina lo superfluo para resaltar justamente lo necesario. Es anticipo su conversación. Describe a golpes—intermi-



Autorretrato.

tentemente—, y pocas frases, esas frases tan suyas, llenas de palabras ásperas y pintorescas, bastan para producir en el oyente la idea exacta y precisa de lo descrito. Inventor de palabras, que en otro no tendrían sentido, encajan deliciosamente en su conversación. Son frases de relumbrón, de comedia de capa y espada; la voz hueca, el gesto de actor pasado de moda, todo contribuye a dar más carácter a la escena. Pero en lo íntimo hay tanta verdad que al más

ligero descuido se descubre la gran personalidad de que es dueño. No hay engaño ni falsía en estas manifestaciones, ni ánimo de epatar; luego, una risa amplia, rebosante de bondad, se escapa a borbotones por su boca torcida, que lo resuelve todo.

Esto es lo que del pintor y escritor José Gutiérrez Solana atisba el curioso por las portezuelas abiertas de su cuello de pajarita, único rasgo de dandy que conserva en su vestimenta...

LA CASA

Para conocer al héroe es preciso penetrar en su casa, acercarse un poco a lo que le rodea, y que necesariamente tiene que influir en él. El paisaje que diariamente contemplamos desde la ventana, la vecindad, los muebles y cachivaches que reunimos para nuestra comodidad o delectación—todo—, directamente, nos dan algo o nos lo quitan; y casi siempre somos esclavos del medio.

(La casa, en un barrio extremo, cercana a la llanura manchega; próximo, un cuartel; desmontes, chimeneas. En invierno, tardes de plata; en verano, espeso polvo mascable, organillo y tratantes gitanos.)

Solana vive en medio de «una gran naturaleza muerta». En su casa estamos fuera del tiempo—es la primera impresión que recibimos—. Nuestro reloj marca la hora de cuarenta años antes, y al abandonar el sombrero dejamos un «alto de forma». (Empezamos a transformarnos). La transformación se origina en el preciso momento de alargarnos la mano para el saludo. Estamos cogidos, difícil será deshacerse del hechizo; desde las paredes nos saludan también unos caballeros del otro siglo y unas mujeres, en refajo de bayeta amarilla y chambras verdes y encarnadas. Relojes que no marchan, altos como ataúdes, y de paisaje con figuras de movimiento; tallas románicas; copas-cálices, de grueso cristal, que sólo se encuentran en casa de Solana y donde la transparente manzanilla adquiere calidades de grueso vino de Toro; y ese esqueleto de niño de pocos meses, encerrado en un fanal, colgado por el cráneo, y que se bambolea—ahorcado—al menor ruido. Cajas de chinos; grabados románticos, donde una damisela, pomposa y remilgada, peinada en bandós, escucha los madrigales que, de rodillas, el lechuguino—frac gris, corbata de plastrón—recita quejumbrosamente. Aleluyas de Candelas y San Isidro Labrador; el fetiche negro, la divinidad de los múltiples brazos y la cabeza del indio peruano reducida al puño de un bastón por procedimientos extraordinarios. Vitricas, polvo, libros; ambiente dislocado y romántico. Un perro de blancas lanas—vivo—gordo y reluciente, criado regalonamente: no ha servido de modelo a sus congéneres, famélicos y husmeadores, que a menudo aparecen en los cuadros de máscaras de la Pradera.

Diluido en la casa, sombra que está en todas partes, brazo derecho, espíritu electo, catador goloso en pintura, lector apasionado, hermano único, la otra



El diestro montañés Isidoro Carmona, «El Lechuga».

mitad del pintor: su hermano Manolo; quien está siempre a tiempo, zanja las dificultades, recuerda lo que se olvida, gobierna la casa: vida paralela de aquel otro hermano, del admirable hermano Théo, de Van Gogh.

Juntos han viajado innumerables veces por los pueblos españoles, y que luego el pintor en páginas inimitables—difícil es imitar la pintura y la literatura de Solana—ha traído al libro: pueblos de procesiones, de disciplinantes, inhospitalarios, malolientes, al margen de la civilización, donde la vida es antesala del infierno y vivir la mayor de las audacias. Los audaces de estos pueblos son los que han servido luego al pintor-literato para su pintoresca fauna de tipos españoles, tristes, supersticiosos, atrabiliarios. Nunca mejor empleada que aquí su pintura negra.

(Una serie de cristallitos introducidos en la ranura de la «Linterna Mágica» muestran la obra del pintor.)

INCISO

Es agradable retraerse un momento a la tranquilidad. Encerrados en nuestro gabinete, después de haber deambulado, de muchos tropezones, de las sorpresas de las encrucijadas, se agradece el poder llegar a sitio seguro, ajeno al ruido, sin estorbos extraños, donde la contemplación interior—sin narcisismos—trae consigo la claridad.



Tallas.

Falta a la pintura moderna definición; situación airosa en la Historia del Arte. Asistimos, sin duda, a uno de los momentos más interesantes de esta historia. Revueltas en el crisol, ideas, tendencias, modalidades; la mezcla bulle y lucha por desbordarse; un grado más de calor desparramará el condumio y el trabajo del genial cocinero, inútil. Los de la parte de fuera aplauden y chillan al fracaso; son los que se obstinan en no entender. Los de dentro, los que han puesto algo en la olla, esperan atentos: son los que quieren entender, los que aguardan una nueva resurrección salvadora. La división es clara: gente comprensiva y gente no comprensiva.

Cada siglo forja su sensibilidad; trae un montoncito de nuevas ideas, de formas, de palabras con que expresarlas; nos descubre que detrás del horizonte con el que cerraban el paisaje nuestros padres hay otro más esplendoroso, más extenso, fecunda cantera. Nuestros anteriores en generación no han sentido como nosotros, usaban otras palabras; su retina, distinta manera de ver, de apreciar los sonidos, de reaccionar ante el abismo. A nueva sensibilidad, nuevos modos de expresión, sin fuerza al principio, del dominio público después. (Los románticos de hace un siglo fabricaron también su lenguaje. Si era

inventó, precisaba palabra nueva.) Toda innovación es revolucionaria; produce un esfuerzo de comprensión, y, como tal, su aceptación inmediata se resiste.

Espectadores somos de una nueva era; ya se han destacado los exploradores que volverán con la definición; mientras tanto, esperemos confiados, con las antenas del entendimiento pulidas, aptas para la recepción.

LOGAR COBDICIADUERO

Y, mientras tanto...

En la actual pintura española hay un remanso—«logar cobdiciaduro»—al cual sentimos la atracción de retirarnos alguna vez. Lugar propicio a la reflexión y al descanso, que bien podemos nombrar—«fiesta y regusto de la vista» (los otros sentidos también participan en esta fiesta)—. No hay aquí traducciones, más o menos afortunadas, que siempre pierden con el cambio de clima, ni afán de inventar lo inventado, para expenderlo, luego, en el mercado con sello de casticismo.

A Solana no le hacen falta las traducciones, contrarias a su temperamento, siendo, como es, un pintor esencialmente español—pintor de tradición—, de trayectoria clara y precisa; apartarse de ella es negarse, anular su personalidad, adornándose con flores que se ajarían al más leve contacto. Y persiste en ser él, sin desorientar su ruta. Si violencia le causaría cambiar su cuello rígido de pajarita por otro, blando, de sport—traducido—, igual su pintura, solemne y atávica, sufriría depreciación con el trueque y esfumaría su personalidad. Cuello de pajarita y pintura negra: he aquí su secreto.

Dentro de su estilo ha querido, a veces, introducir modalidades, alegrar su paleta. Coinciden con sus traslados de casa. De las tinieblas de «Santa Felician»—amplios salones, imperio de los cuadros grandes—, la «Vuelta del indiano», la «Visita del obispo», a la algarabía de movimiento y luz del arañaciolo de «Cuatro Caminos»—bodegones, bombonas, colinetas—. En «Santa Felician» quedó enterrada la literatura, el pintor no escribe ya sus «Escenas de Madrid»; en el ático de Cuatro Caminos se aleja más tarde la luz y es necesario aprovecharla, y del mercado fronterero van pasando al lienzo besugos, repollos, jamones. El pintor tiene por primera vez modelos que se avengan a las largas quietudes, y entre canto, cerveza y cigarrillo, inmortaliza las legumbres y las carnes prensadas. Con otra mudanza, aparecen cuadros olvidados, algunos sin terminar, bocetos; las telas preparadas esperan la ampliación; tiene que dejar bien definida su obra; los años son de madurez, la edad que, en la estampa de Epinal—la Escuela de la Vida—, se marca entre «âge de maturité» y «âge de discretion», y aunque jamás se ha extraviado, ahora más que nunca, es preciso afianzarse, profundizar, desenterrar, lo que por descuido pudo haber quedado dormido.

Vuelve a su «yo» triunfante, cada día más animoso, más fresco, aislado,



La vuelta del indiano.

ajeno a corrientes, a modas, sin preocuparle mucho cómo se pinta fuera, porque sabe, tiene absoluta conciencia de cómo pinta él. Sin traiciones ni concesiones; sin importarle si gustarán sus escenas y su color, avanza, desorientando a los que pretenden encontrarle imitaciones y antecedentes en la Historia de la Pintura. Solana es un pintor de raza, y los pintores de raza no copian, vomitan su interior, ahitos de guardar por generaciones un remanente que devuelven, el fuego sagrado que no se pierde y que transmigra de elegido en elegido. Son los jalones de la raza. Si me parezco a mi padre no copio a mi padre, sigo un misterio de generación. Así Solana, al producirse como se produce, obedece a un misterio de generación.

SOLANA, ESCRITOR

Imposible separar del Solana-pintor la parte que le corresponde como escritor. Van tan unidas estas dos personalidades que mencionar una sola es conocer incompleto a este personaje de dos caras. Solana-escritor completa a Solana-pintor. Toda su literatura es vista, palpada; muchas de sus páginas son

cuadros a realizar, y si en su pintura nos sorprende su literatura, en su literatura descubrimos rápidamente al pintor. Ve siempre en pintor que busca, que escribe, ante todo, lo pintoresco, lo pintable, lo que puede ser llevado al lienzo. Este abuso de literatura, que en otros puede ser falta de imaginación, en él es abundancia, esplendidez. No flagela riendo; la risa se hiela para hacer pensar y llorar. Es duro, inflexible—demasiado humano—; escribe lo que ve, lo que huele, transformándolo después en pintura.

En su obra bifacética persigue «la muerte» y «lo muerto»; lo que los demás por respeto o inhabilidad apartan, él lo escarba y lo descubre, con la frialdad del cirujano que dice a sus discípulos: ¡qué hermoso caso! Nada he leído más despiadado y agrio que sus «Escenas de Madrid» y su «España Negra», cuyo título es ya una alucinación—dolor y podredumbre—, donde la atmósfera clara y el sol alegre tiritan febriles, a los acordes trágicos de su marcha macabra.

Su protagonista es siempre la muerte o lo que va a morir; sus personajes, muñecos que el Domingo de Piñata, al quitarse la careta, enseñarán el hueso mondo. En sus libros siempre la muerte ronda de diferentes modos; tal en sus prostitutas de carnes muertas—insensibilizadas—; o lo muerto, en maniqués de peinadora con el pelo pegado con bandolina o en tallas apolilladas; o en sus artículos, «Pájaros fritos», «Entierro de la sardina», «El Rastro», «Día de difuntos», «La sala de disección»; o en sus descripciones de pueblos desvencijados y cochambrosos, pegados a Madrid, junto a los cementerios; pueblos de imaginación roma que se divierten entre desmontes malolientes, comiendo gallinejas, jugando a la rana y bebiendo vinazo: héroes de la puñalada.

Extranjeros con la lección aprendida vienen en busca de la España negra, y páginas de Verhaeren son hermanas de las de Solana. Al poeta belga no le interesa de España más que lo negro y la muerte, y en un «ritornello» sin fin habla de ataúdes, funerarias, cadáveres, que escribe y pronuncia con delectación de enfermo. Pero lo que para Solana es congénito, para los extranjeros es pegadizo.

Desaliñado, repetidor, olvidadizo—sin puntos ni comas—, habla más bien que escribe; pero de tal manera, que sus palabras duras y sus frases de pesadilla nos martillan en las sienes. Son sus artículos aguafuertes que hieren y fecundan nuestra imaginación por mucho tiempo: al final no sabemos si se han leído o se han soñado.

Todo este trabajo preparatorio del escritor se funde y agiganta después en su pintura; no hay, pues, nada improvisado, es el lastre de múltiples especulaciones.

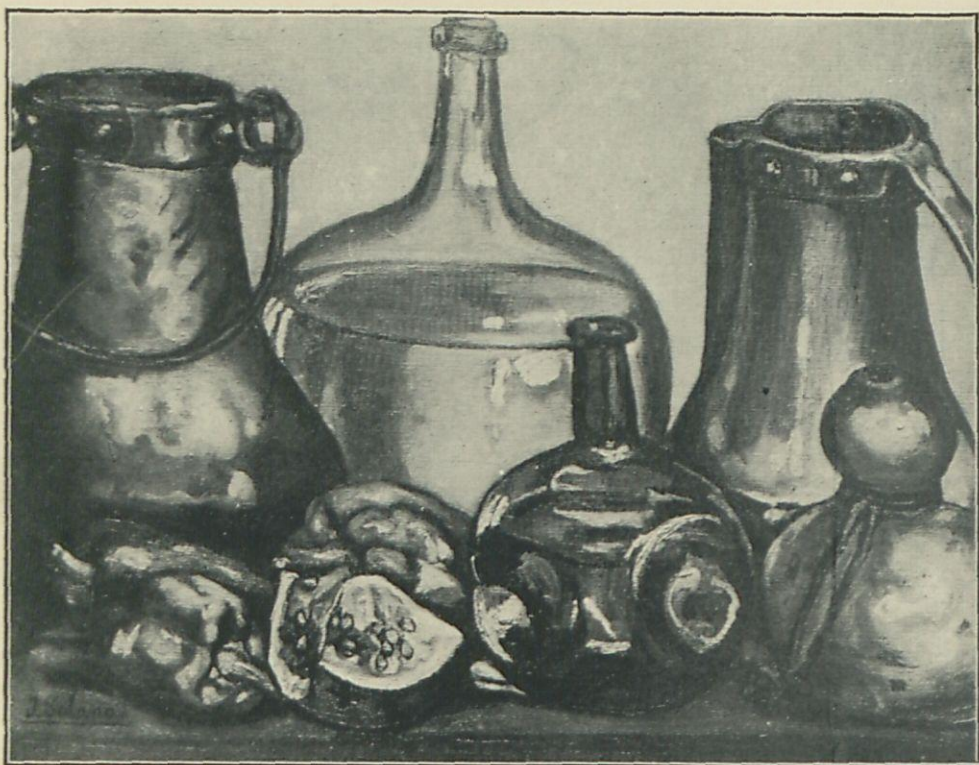
SOLANA, PINTOR

Difícil señalar sitio a Solana en la moderna pintura española; cualquiera colocación que se le propusiera, pronto se descubriría que estaba en desacuerdo.



La Dolorosa.

(Colección Alfredo Velarde.)



Naturaleza muerta.

No se aviene al encasillamiento. Es un caso único, y, como tal, hay que dejarle aislado, solitario.

Acostumbrados a esta uniforme pintura moderna, sin fisonomía y personalidad, desde que unos cuantos pintores—geniales, sin duda—, inventaron el primer truco, para esparcir por el mundo la facilidad y la uniformidad (cuántas medianías se han escondido detrás de unos cubos y una guitarra rota). Resultado de este modo, que en los inventores fué humorismo y en los discípulos tristeza: la igualdad, la descaracterización de la pintura; y así, con estas reglas, «ad usum Delphinis», se pinta de Norte a Sur. El casticismo se ha anulado, han traicionado su tradición, para imitar servilmente a una escuela, y de ésta lo más reciente, lo que todavía está mordiente.

Tenía, pues, que chocar el «caso Solana», y había también que dejarlo por imposible. Era un díscolo, un egoísta, que se consumía a sí mismo, que se alimentaba de su propio «yo». La Academia dejó poco rastro en él; eran mejores maestros los abuelos del Museo del Prado: Herrera el Viejo, Ribera, Zurbarán y Goya, y luego, los pueblos con sus tragedias y sus casas leprosas. Treinta años de vagabundaje y las malas camas de las posadas han hecho al pintor.

Traía una pintura personal, con una visión del mundo trágica y desagradable—enfermedades, crímenes, supersticiones—, lo que en sus viajes le ha salido al paso, y que él, por ser, tal vez, un espíritu afín, ha sabido captar sin esfuerzo ni tortura. No hay alegría en su pintura porque nunca ha visto la alegría y sí la incompreensión, la ordinariez, la brutalidad; obedece ciego a su sino de español que de la muerte ha hecho una fiesta y de la sangre un culto. Pero Solana no es un sádico que goza sufriendo, como un disciplinante, sino un espectador que llora las aberraciones de sus semejantes y desea curarlas radicalmente.

Por eso su pintura es negra y sus concepciones tristes, como el pueblo que diariamente palpa; sus mujeres, fofas; sus hombres, ex hombres; y cuando quiere pintar algo alegre—sus máscaras—, éstas son un montón de harapos, bajo los cuales pronto se adivina al enclenque, al desfigurado, al hambriento, cuya alegría es de momento, producto del alcohol. Estos personajes desnudos de su disfraz son seres informes, incapaces de una gracia que no sea grosera o de un gesto que no sea procaz. ¿Dónde está la alegría? Otros, antes que él, los que transmigraron hasta su formación, habían sentido lo mismo.

Frente a esta desolación espiritual de cielos borrascosos y de humanidad doliente—con su visión pesimista «a posteriori»—, su pintura negra tenía que culminar, como la más apropiada para plasmar la idea y la más digna para acentuar definitivamente su personalidad. Acordes profundos, majestad, solem-



Carnaval (Último cuadro.)

nidad, son sus características. El negro triunfa en toda la gama—ese negro tan difícil de manejar—, elegante por excelencia, y que sólo a unos cuantos elegidos les está permitido, porque entonces se hace luminoso en su misma negrura. He aquí su arte espléndido, su pintura negra, propia, definida, siempre en línea clara, sin titubeos, porque él es duro a las intromisiones y lo bastante fuerte para torcer todas las corrientes.

A los timoratos no puede gustar Solana: azota demasiado fuerte y coloca frente a nosotros el espejo que nos hace apartar con asco de nuestra propia fealdad. Pero él sigue impertérrito, zahiriéndonos y burlándose, sin importarle poco ni mucho lo que se pueda pensar de él. Su estrella, al nacer, le ha marcado su trayectoria, y tampoco puede traicionar a su estrella, como no traiciona a su tradición.

Solana está fuera de su tiempo; perdimos la noción de él al penetrar en su casa, y ahora, con su pintura nos sucede lo mismo: piensa en viejo y pinta en todo tiempo. Es lo que se llama un pintor que no está a la moda, y por eso Solana, que no es un pintor a la moda, será un pintor que nunca pase de moda.

... el último cristalito introducido en la ranura de la Linterna Mágica dice: *«He aquí un pintor que se ha encontrado»...*

ALFREDO VELARDE

Madrid, febrero 1930.

EN EL HOMENAJE A JESÚS CANCIO

Reintegra la villa de Comillas en cordialísimo homenaje de afecto y admiración la deuda que su mar, y los hombres de su mar, tenían contraída con Jesús Cancio. Es, ante todo, homenaje de cordialidad al noble poeta que, estrofa tras estrofa, no ha perdonado línea en alabanza de las espumas y las peñas de la brava costa familiar.

Sin duda que sus méritos literarios serían suficientes para justificar el más entonado obsequio de adhesión; pero, en este caso, la poesía ha sido conducto de los sentimientos y las cordialidades de todos esos buenos montañeses que desde los agrestes miradores de las peñas sienten la inquietud y los temores de unos hombres de mar fiados, por impulso invencible de la necesidad y de la más noble vocación, a los riesgos del gran titán líquido e innumerable.

LA REVISTA DE SANTANDER, al congratularse de la colaboración que a este número presta Jesús Cancio, se adhiere con la más viva cordialidad al doble significado del homenaje: al de admiración por sus méritos literarios y patéticos, que quiere proclamar desde sus páginas, y al de devoción y afecto al honrado poeta que, estrofa tras estrofa, ha simpatizado emocionadamente con los trabajos de los buenos hombres del mar comillano, y con las austeras bellezas de su costa y de sus borrascas.

ROMANCE DEL PATACHE ABANDONADO

Tengo un recuerdo tan hondo
que el alma me tiene presa.
Estoy condenado a muerte
de añoranza marinera.
¡Ay Mar, tú que eres tan libre,
levántame la condena,
que muero de aquellos días
de sa!, de viento y de brea,

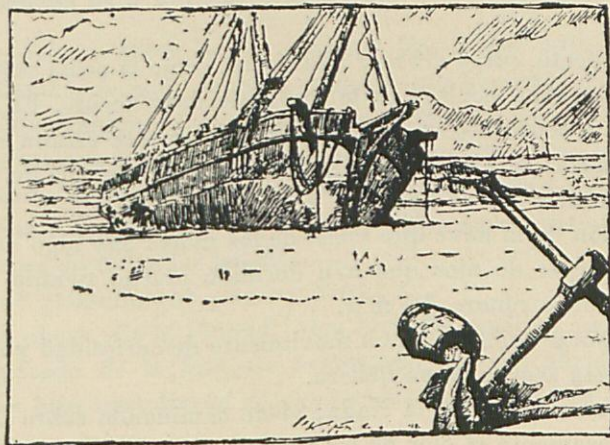
benditos con las espumas
de titánicas proezas
en las playas más remotas
y en las barras más estrechas;
que muero de aquellos días
de los remos y las velas,
cuando eran los pescadores
como el mar y las tinieblas!
Tengo un recuerdo muy hondo,
tan hondo como mi pena.
¡Ay Mar, tú que eres tan libre,
levántame la condena!

* * *

Era una tarde de otoño,
y era el invierno muy cerca,
y era un silencio sublime
el de la mansa ribera.
Se despojó de sus lonas,
se acostó sobre la arena,
se dejó que le besara
el crecer de la marea,
y se durmió para siempre
el patache *Santa Elena*,
aquel velero valiente,
con parchazos de galerna.
La resaca de los años
va desguazando sin tregua
la recia y tosca armadura
de sus mugrientas cuadernas,
y cuando el arpón del viento
en su aparejo rasguea,
es un bordón cada driza,
es un bordón cada cuerda,
un bordón que cuando late,
glosa el dolor de la ausencia
salpicado de plomizos
nubarrones de galerna.
¡Ay Mar, tú que eres tan libre,
llévame ya en banda afuera,
que siento la marejada
del hastío entre las venas!...

¡Ay Mar, tú que eres la sangre
que en magnífica afluencia
da con serena constancia
vida a la Naturaleza;
tú, en cuyas olas parece
que llora el mundo y que reza,
tú, que sabes de inquietudes
hechas rumor y cadencia,
sé timonel de la nave
de mis sueños de poeta,
que me ahogo de añoranza
de añoranza marinera,
que estoy condenado a muerte
y nadie siente mi pena,
y si no eres tú, Mar mío,
no hay quien su mano me tienda!...
¡Ay Mar, tú que eres tan libre,
levántame la condena!...

JESÚS CANCIO





LA CIUDAD NUEVA

Aquella Ciudad a la que todos arribamos algún día en nuestra vida.

Una Ciudad que vemos por primera vez, desde un barco que viene de la mar, al anochecer azul y naranja de un clima lejano...

¡Cuán grato no saber qué tierra pudiera ser aquélla!

Que fuera una tierra nueva, absolutamente desconocida, ante cuya ribera pudiéramos surgir nosotros, en el sentido profundamente poético de la vieja voz castellana «surgir en la ribera». Como «surgieron» los argonautas españoles en las orillas de las tierras transmarinas que salieron a su encuentro en el ensueño.

La nave, en efecto, surge del mar a la tierra, como la orilla surge de la tierra al mar. Ambas estaban ocultas en lo profundo desconocido. El navegante estaba antes de ese momento en el mar; científicamente estaba en otro sector de la circunferencia; estaba escondido precisamente debajo de aquella orilla a la que debió subir a fuerza de remo, de vela o de vapor...

En la aparición de la nave que viene de los mares hay algo de incredulidad dichosa; un restregar de ojos que han dormido mucho tiempo al arrullo del inmensurable silencio sonoro del mar.

Y la Ciudad surge también en un movimiento de curiosidad y de orgullo creciente; porque está segura de su belleza.

El barco viene siempre de la Nada; viene caminando sobre la Muerte. Por eso percibe intensamente el olor de las flores y de los árboles que le aguardan en la tierra.

Ella, la Ciudad, es el ser y la razón de ser. Por eso yergue sus torres y terrazas ante la mirada del navegante... Un bosque de piedra que se recorta sobre el cielo negro y naranja de la anochecida... Un saludo confuso envuelto

en el rumor de la vida; sonido vago de músicas y campanas; algo de la humana respiración que llega al barco todavía solo en el silencio...

* * *

¿Qué ciudad? ¿De qué país?

¡Si fuera posible no saberlo!

Pero he aquí que la nave es atraída por la orilla negra que se aproxima inexorablemente. Es la potente garra de aquella monstruosa tela de araña formada por los hilos metálicos de las grúas en los *dockes* de duro perfil.

Y, de pronto, la Ciudad cambia su expresión de orgullosa curiosidad por otra de displicente hastío.

¡Un barco más!... No era otra cosa. ¿Carbón? ¿Naranjas? ¿Abacá? ¿Lingote?

Y ¡qué más da! La Ciudad esperaba algo que el barco no le ha traído. Las Ciudades sienten nostalgias extrahumanas, porque son ya la flor de la humanidad.

¡Acaso esperan un barco lleno del sol de otro planeta!... ¿Y por qué no?

El navegante observa que la Ciudad ha escondido sus torres y azoteas; como telón de teatro recogió su bosquejo de piedra... ¡No es la misma Ciudad!

Ahora son muelles negros, luces de gas... No se oye el aliento de músicas y campanas... el perfume de los jardines se apagó bajo las emanaciones del petróleo, del carbón, del pescado en barriles...

¡Y luego... en seguida, como si urgiese mucho el despertar: ¡La Aduana!!

* * *

Pisada la tierra, se desvanece el ensueño. No es una orilla nueva. ¡Allí se habla inglés, alemán, francés, español, chino! ¡Qué importa! ¡Se habla «humano»...! Un idioma terráqueo, igual en todas partes. La pregunta tiene el mismo ademán; la incomprensión, la misma perplejidad; el rostro insensible al significado; la misma sordera pétrea. Y allí cerca un letrero todavía más esencialmente humano —«Exchange of money»— que todos entienden lo mismo, porque es la suma de todas las lenguas...

¿Singapoore? ¿Hamburgo? ¿Nueva York?

No importa ahora. Es la Ciudad. Algo logrado, positivo ya en el progreso. Que se ha separado de la fantasía aventurera del descubridor geográfico... ¡Una concreción bien cristalizada de experiencia y, por eso, de desengaño!

* * *

Y ahora la belleza se traslada. Está allá, tras de la línea que cierra los *dockes*. En aquella otra Ciudad abstracta que todos adivinamos y a la que sabemos

bien cómo llegará nuestro barco en otro anochecer acaso semejante a éste, acaso bien diferente, pero siempre orlado de azul y naranja, con el sol poniente detrás de las torres y las cúpulas y los terrados de blancura maravillosa...

¡Y lo terrible es que el barco tocará siempre la orilla y arrimará al *dock* negro y siempre, siempre... aunque nosotros hayamos surgido delante de la Ciudad como mensajeros de lo inmensurable, como enviados milagrosos del antípoda desconocido! Ella, defraudada y displicente, recogerá a nuestro arribo la espléndida decoración de su perspectiva lejana...

Y su gesto, equivalente a un formidable encogimiento de hombros, esconderá de nuestros ojos ávidos el latido cordial de la bienvenida que estuvo en la silueta esbelta de sus terrazas y campanarios...

Se limitará a absorbernos, sencillamente, naturalmente, con el fuerte derecho de una ley física de atracción, en un movimiento instintivo de nutrición animal.

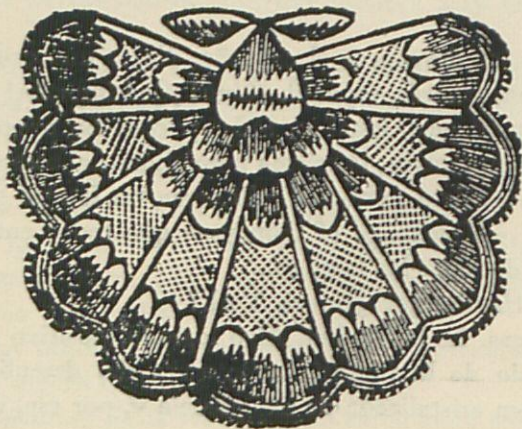
* * *

¿Dónde está situada esa Ciudad hermosa que, asomada sobre la orilla del mar, no tiene Aduana?

¿Existe? Acaso existe...

Pero... seguramente que los barcos de pasajeros no van nunca a Ella.

MATILDE DE LA TORRE



DEL CANCIONERO MONTAÑÉS DE D. SIXTO CÓRDOVA Y OÑA

N.º 1

«Vinieron los mozos»

CANTO DE LABORES

$\text{♩} = 63.$

pp *fh* *f* *f*

a tempo *Solempne*

Vi - me - ron los mo - zos des - te lu -
- gar, por - die - ran la par - ti - da, vol - vieron - la a ga -
- nar. Es - ta es la can - ción que se can - ta en mi lu - gar,
y si es que te gus - ta te la vol - ve - ría can - tar.

Tonada campesina que cantan los hombres cuando suben al monte o en otras faenas agrícolas.

También lo cantan las mujeres a los niños con aire más ligero.

Es raro entre los cantos populares por la misteriosa introducción a boca cerrada que precede a veces a la melodía principal, tan severa y solemne y de sabor tan antiguo.

La introducción a boca cerrada se justifica por la dificultad de vocalizar mientras se sube, y se canta a largos intervalos, como hacen los ruseñores con sus baladas. En seguida se pregona y celebra el empate en la partida de los bolos.

Procede del Valle de Aras, uno de los rincones de la Montaña santanderina donde más puras se conservan las tradiciones y costumbres populares.

El motivo de la canción precedente es tan grato a los santanderinos, que se ve repetido en otras canciones montañosas y aun de fuera de la Montaña, demostrándose con ello cuánto se complace el pueblo en ciertos temas de su devoción, pues no se cansa de repetirlos y elaborarlos en formas las más diversas e inesperadas; y esto sin tener noticia de que el género de las variaciones sea uno de los ramos principales del arte reflexivo.

A continuación se muestran cinco variantes.

N.º 2

(Recogido en el valle de Soba.)

$\text{♩} = 156.$ *Garfesa*

A co -- cer la bo -- ro -- m -- ca y a po --
 - ner el pu -- che -- an -- co, no me ga -- ma a mí den --
 - gu -- no que me bo -- en -- se -- ño -- m --
 que -- la can -- do e -- ra yo pe -- que --
 - m -- co El El com -- pa -- ñe de la
 bu -- rra de mi que -- la que es -- ti -- en glo -- ria
 trai -- go -- lo pres -- tu al pis -- ene -- en
 pa -- te -- mer -- la en la mi -- mo -- ria.

N.º 3
(Recogido en Carriedo.)

Adagio $\text{♩} = 114$

Ca - so - me mi ma-dre con un
 pío - ca - ro pas - tor, no me de - ja ir a
 mi - sa ni tam-po-co al ser-món, que quiere que es te en
 ca-sa re-men-dán-do-le el ex-er-cio. El re-quie-
 -r, e lla re-ga-nar, no se le ten-go
 de re-men-dar el ex-er-cio, m-ña, pa-ra
 lle-var el pan.

N.º 4
(Recogido en Pas.)

Alf $\text{♩} = 156$

que tie-res el que tie-res el que tie-res el que
 sie-go de los sie-go de los sie-go de los
 vas, que tie-res de mi que tie-res de mi que tie-res de mi
 que tie-res de mi que tie-res de mi que tie-res de mi
 te ba lle-na-do a cues-tas el burro de Fi-del, de Fi
 -del

N.º 5
(Recogido en Pas.)

$\text{♩} = 63$

Handwritten musical score for N.º 5, 'Recogido en Pas.' The score is written on five staves. The first staff begins with a treble clef, a key signature of one flat (B-flat), and a 2/4 time signature. The tempo is marked as $\text{♩} = 63$. The lyrics are: 'Pa-ra to-car el pan-de-ro no se ne-ce-si-ta cen-cia, un po-co fuer-za en los de-os y un-cho d'ha-bi-du-len-cia, go-le ya.' The melody is simple and folk-like, with some notes beamed together. The score ends with a double bar line and a repeat sign.

N.º 6
(Recogido en Toranzo.)

Allegro $\text{♩} = 156$

Handwritten musical score for N.º 6, 'Recogido en Toranzo.' The score is written on three staves. The first staff begins with a treble clef, a key signature of one flat (B-flat), and a 2/4 time signature. The tempo is marked as *Allegro* $\text{♩} = 156$. The lyrics are: 'Mi pa-dre es pa-riol, mi ma-dre es pa-riola, mi no-vio ca-ta-lán, que ha na-ci-do en Bar-ce-lo-na, le-ri, mi no-vio se va ya, le-ri' The melody is more lively and complex than the first piece, with many beamed notes and a faster tempo. The score ends with a double bar line and a repeat sign.

«Todo me lo llevaron»

CANTO ROMERO

♩ = 60 Lamentoso

To - do me lo lle - va - ron, no me de - ja - ron
na - da: me lle - va - ron el bu - rro, tam - bién la al -
- bar - da y tam - bién me lle - va - ron
la ca - be - za - - da. to - do me lo lle -
- va - ron, no me de - ja - ron na - da.

Uno de esos cantos profundamente característicos que solamente se oyen en las montañas y valles pasiegos. El nuestro es un verdadero lamento: la dolorosa lamentación de un pasiego que llora la pérdida de todo lo que más amaba. ¿Se lo han robado? No: entonces la cólera del pasiego estallarí en bien diferente forma de canción. Se lo han confiscado, que es mucho más triste y doloroso; no sentiría más su propia muerte.

De aquí ese dejo de canto de difuntos con que empieza y acaba.

Letra y música son de una admirable compenetración.

Se canta por hombres o muchachos: no se oye a las mujeres.

FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA MONTAÑA

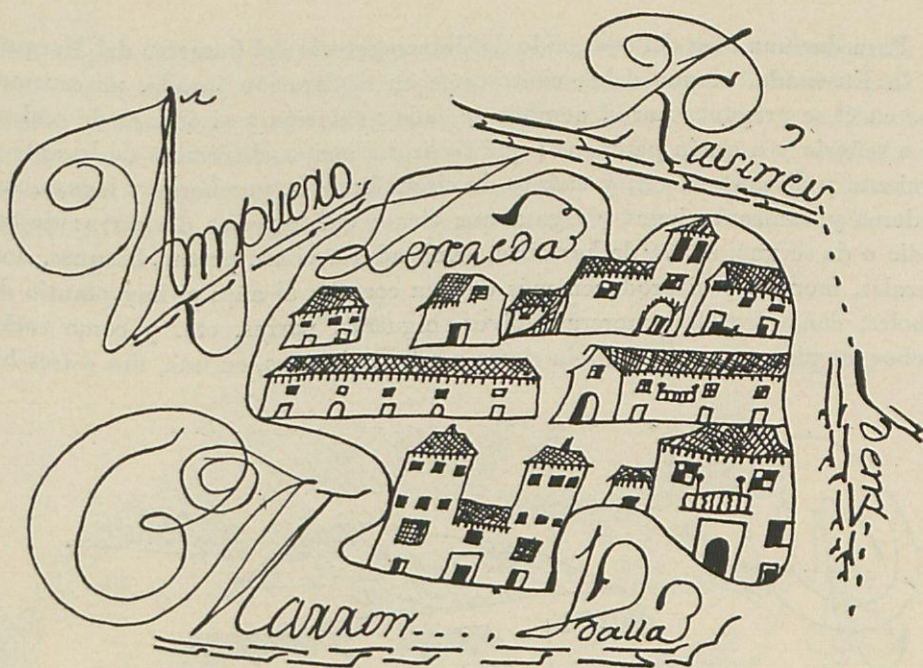
EL CATASTRO DE ENSENADA

Importantes son en la historia de la Hacienda española los proyectos de reforma del sistema tributario a los que va unido el nombre del Marqués de la Ensenada, quien, en sus años mozos, vino al lugar de Guarnizo y su Real Astillero por haber sido nombrado oficial primero de Intendencia de la Real Armada y comisario de matrículas en la costa cantábrica, cargo desde el cual ascendió rápidamente hasta los más altos puestos en los reinados de Felipe V y Fernando VI.

Suprimiéronse por Real decreto de 1749 los impuestos sobre consumos y se estableció en lugar de las rentas provinciales una sola contribución directa de cuatro reales y dos maravedís por ciento, sobre las utilidades líquidas de la riqueza territorial, pecuaria, industrial y mercantil; y de tres reales y dos maravedís, sobre las de los eclesiásticos. Pero el establecimiento de este nuevo modo de tributación requería, como esencial prolegómeno, formar el catastro general que comprendiera la estadística personal y de riqueza en toda la nación.

No arredró al Marqués de Ensenada obra de tal empeño: creóse la Junta que había de preparar el camino para llevar a cabo la reforma del sistema tributario y diéronse comienzo los trabajos para la formación del catastro. Imprimióse el Real decreto de diciembre de 1750 que había de remitirse a todos los pueblos para que cada *vecino, viuda, habitante o morador* pusiera en poder de la Justicia del lugar un *Memorial* arreglado al interrogatorio que se puso igualmente en letras de molde. La menor ocultación que se hiciera en ese *Memorial* penábase con doscientos ducados, la mitad para la Real Hacienda y la otra mitad para el denunciante, además de proceder contra el ocultador con mayor castigo, conforme a las leyes.

El interrogatorio, compuesto de cuarenta preguntas, a que habían de contestar las Justicias y demás personas que harían comparecer los Intendentes en cada pueblo tiene muy singular interés; y las respuestas que fueron dadas a tales cuestionarios ofrecen materiales curiosos al historiador que pretende



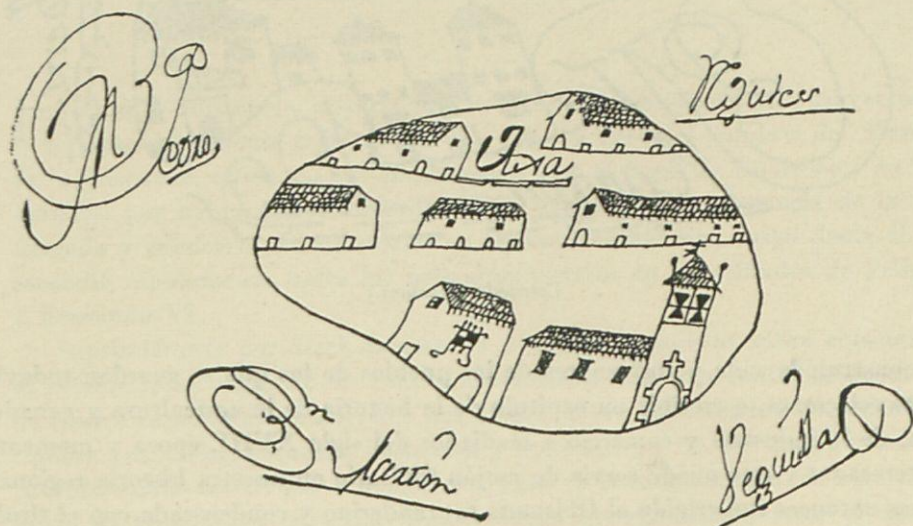
Cereceda (Rasines.)

reconstruir la vida y costumbres de los pueblos de los que se guardan todavía esas relaciones, o escribir un capítulo de la historia de la agricultura y ganadería, de la industria y comercio a mediados del siglo XVIII, época y momento interesante y que puede servir de mojón divisorio en nuestra historia regional, pues entonces fué erigido el Obispado santanderino y condecorada con el título de ciudad la villa de Santander.

Ya el célebre cronista de Carlos V y Felipe II, doctor Juan Páez de Castro, había escrito muchos años antes su interesantísimo interrogatorio—atribuido a Ambrosio de Morales—, de plan tan intenso y extenso que en sentir del benemérito P. Miguélez (*Catálogo de los Códices españoles de la Biblioteca del Escorial*), «con él podía abordarse de frente la empresa gigantesca de escribir la Historia verdaderamente científica y crítica de España, no sólo civil y militar, sino eclesiástica, arqueológica, natural, literaria, política, pedagógica y hasta sociológica, con todas sus ramificaciones, con todos los cánones y leyes que hoy la ciencia más adelantada exige de sus cultivadores».

Respondía este interrogatorio del doctor Páez a la idea general en el siglo XVI de escribir la historia de nuestra nación con las relaciones particulares de todos los pueblos de la misma; en cambio, el de Ensenada no tenía otro fin que la formación de la estadística personal y de riqueza; por eso las analogías y a la vez diferencias que ambos cuestionarios presentan.

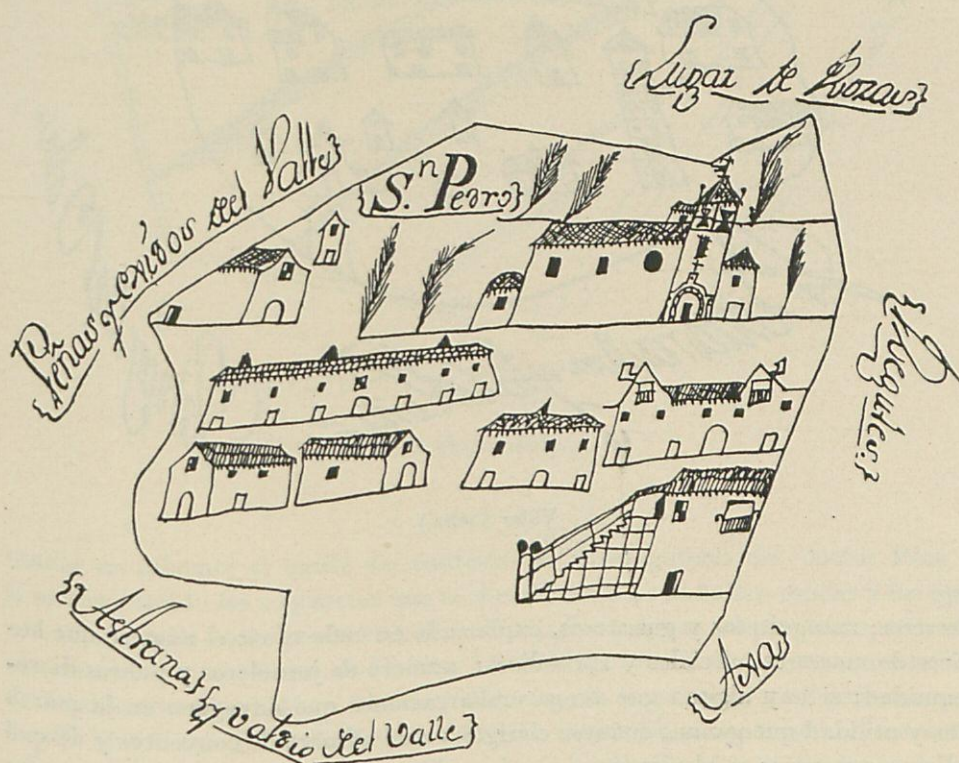
Para dar una idea del contenido del interrogatorio del Catastro del Marqués de la Ensenada, al que debía contestarse en declaración jurada, observemos que en él se pregunta por el nombre de cada población y si ésta es de realengo o señorío y a quién pertenece; qué territorio ocupa el término de levante a poniente y de norte a sur, y cuánto de circunferencia, por horas y leguas, sus linderos y confrontaciones y figura que tiene; qué especies de tierra: de regadío o de secano, si son de hortaliza, sembradura, viñas, pastos, bosques, matorrales, montes, y si producen más de una cosecha al año; si hay plantío de árboles, como frutales, moreras, olivos, higueras, parras, etc. y cómo están hechos los plantíos: si en toda la tierra o a las márgenes, en una, dos o tres hi-



Aja (Soba.)

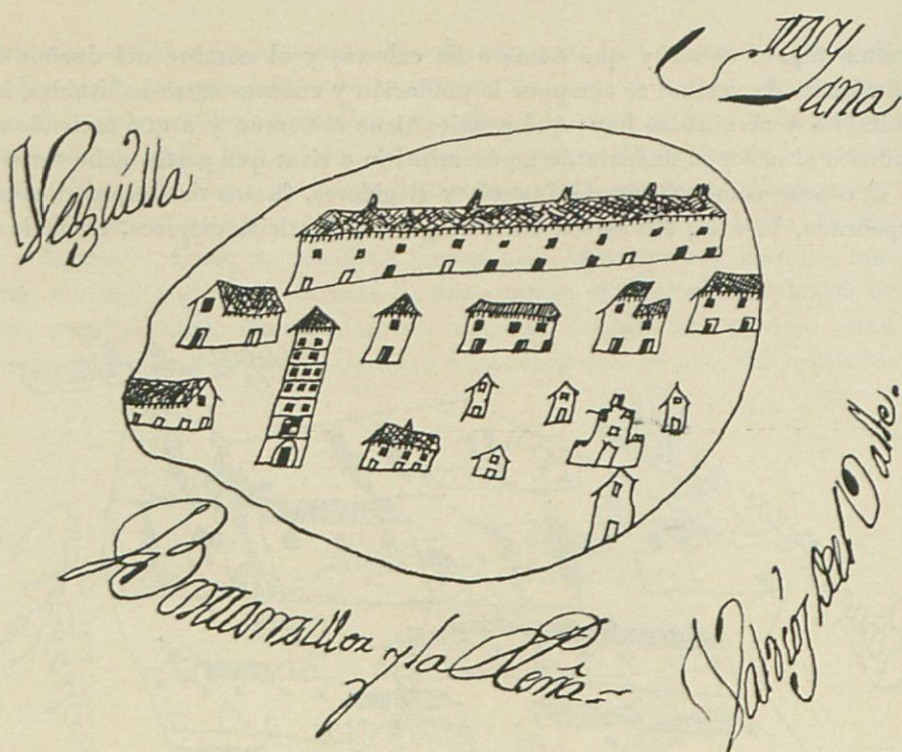
leras; de qué medidas de tierra se usa en cada pueblo y cómo se siembra y qué cantidad de cada especie, qué especies de frutos se cogen y qué cantidad de cada clase; qué valor tienen los frutos un año con otro; qué derechos se hallan impuestos sobre las tierras y a quién pertenecen; si hay minas, salinas, molinos harineros o de papel, batanes u otros *artefactos* en el término, distinguiendo de qué metales y de qué uso y explicando sus dueños, y lo que se regula que producen de utilidad cada año; si hay esquilmo en el término, y a quién pertenece; qué número de ganado viene al esquilmo a él y qué utilidad se regula que da a su dueño cada año; si hay colmenas, cuántas y a quién pertenecen; de qué especies de ganado hay en cada pueblo, excluyendo las mulas de coche y caballos de regalo, y si algún vecino tiene cabaña o yeguada que paste fuera del

término dígase dónde y qué número de cabezas y el nombre del dueño; de qué número de vecinos se compone la población y cuántas casas habitables, inhabitables y arruinadas hay; qué propios tiene el común y a qué asciende su producto al año y si disfruta de algún arbitrio o sisa; qué gastos debe satisfacer el común como salario de Justicia y Regidores, fiestas de Corpus u otras, empedrado, fuentes, sirvientes, etc.; cargos de Justicia, empleos, alcabala y



San Pedro (Soba.)

otras rentas; número de tabernas, mesones, tiendas, panaderías, carnicerías, puentes, barcas sobre ríos, mercados, ferias, etc.; si hay hospitales, de qué calidad y rentas que tienen; si hay algún cambista, mercader de por mayor o quien beneficie su caudal por mano de corredor u otra persona con lucro e interés, y qué utilidad se considera le puede resultar cada año; si hay tendero de paños, ropas de oro, plata, seda, lienzos, especería y otras mercaderías, médicos, cirujanos, boticarios, escribanos, arrieros y qué ganancia puede tener cada uno al año; qué ocupaciones de artes mecánicas hay en el pueblo, como albañiles, canteros, albéitares, herreros, sogueros, zapateros, sastres, tejedores, som-

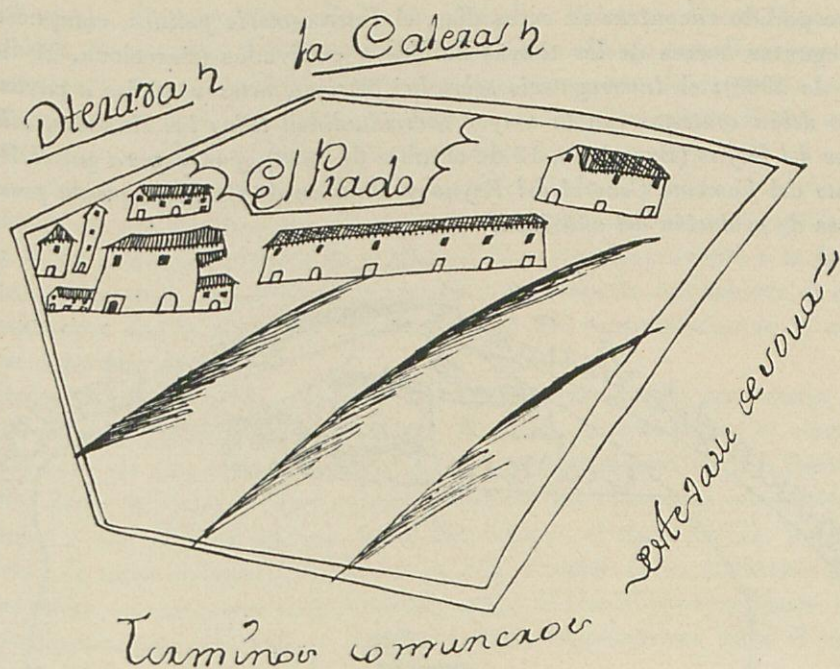


Villar (Soba.)

brereros, manguiteros y guanteros, explicando en cada oficio el número que hubiere de maestros, oficiales y aprendices; número de jornaleros y pobres de solemnidad; si hay alguno que tenga embarcaciones que naveguen en la mar o ríos y utilidad que ganan; cuántos clérigos y qué número de conventos y de qué religiones y sexo; si el rey tiene en el pueblo o término alguna finca o renta que no corresponda a las generales ni a las provinciales, cuáles son, cómo se administran y cuánto producen.

Este resumen o extracto del cuestionario de Ensenada puede ponernos de manifiesto el interés que encierran las contestaciones dadas al mismo y la marcadísima importancia que tienen para el historiador que trate de ilustrar con la luz de los documentos ese interesante período histórico del que ha dicho Menéndez Pelayo: «No hay parte de nuestra historia, desde el siglo XVI acá, más oscura que el reinado de Fernando VI. Todavía está por hacer el cuadro de aquel período de modesta prosperidad y reposada economía, en que todo fué mediano y nada pasó de lo ordinario ni rayó en lo heroico; siendo el mayor elogio de tiempos como aquéllos decir que no tienen historia.»

En cuanto se refiere a los pueblos que integran hoy la provincia de San-



El Prado (Soba.)

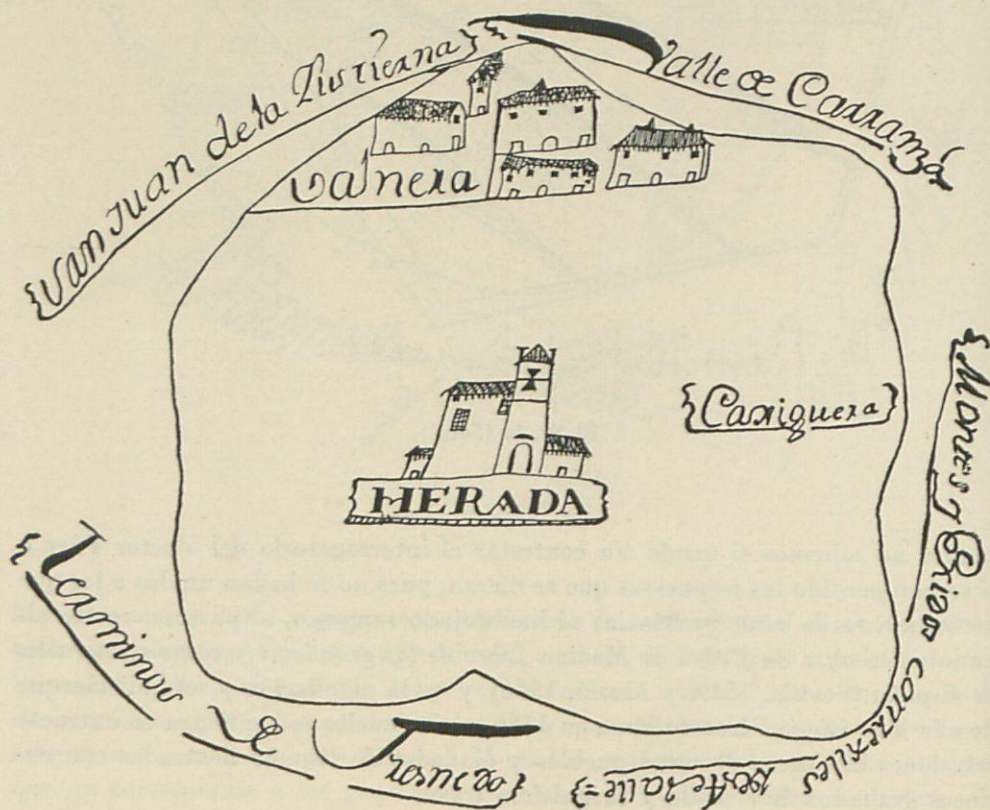
tander no sabemos si quedó sin contestar el interrogatorio del doctor Páez o si se han perdido las respuestas que se dieran, pues no se hallan unidas a los que se conservan de otras provincias ni han dejado tampoco, al parecer, rastro alguno en la obra de Pedro de Medina *Libro de las grandezas y cosas memorables de España* (Sevilla, 1549, y Alcalá, 1566), y en la ampliación y refundición que de ella hizo Diego Pérez de Mesa en 1590, en las cuales se contienen en extracto relaciones históricas de otros pueblos y ciudades de España ilustradas con curiosos grabados de sencilla y tosquísima traza.

No sucede así con los *Memoriales* y respuestas generales que se hicieron conforme al cuestionario de Ensenada; consérvanse hoy y se guardan en esta Biblioteca Municipal, gracias al celo, digno del mayor elogio, de la excelentísima Diputación provincial y del excelentísimo Ayuntamiento de la ciudad, y en el Archivo de la Delegación de Hacienda, más de mil doscientos volúmenes, en folio, referentes a los pueblos que componían el partido del Bastón de Laredo.

Cuántos datos interesantes, cuántas curiosas aportaciones para la historia de nuestra región pueden espigarse en tales relaciones.

Lástima es que no se conserven igualmente en nuestra provincia las respuestas dadas a los demás interrogatorios que en distintos años se remitieron a todos los pueblos de España. Quiero recordar ahora, por tratarse de impresos raros

que he podido encontrar en estos días, el *Interrogatorio político*, compuesto de 28 preguntas acerca de las tierras baldías y cultivadas (Barcelona, 10 de octubre de 1802); el *Interrogatorio sobre las fábricas, artes y oficios* a cuyas preguntas deben contestar con la mayor individualidad todas las ciudades, villas y lugares del Reyno (Barcelona, 12 de octubre de 1802), y otro para que el Departamento del Fomento General del Reyno y Balanza de Comercio pueda presentar el censo de población del año 1802.



Herada (Soba.)

En la tercera de las preguntas del *Interrogatorio* hecho para el establecimiento de la única contribución, a que me he referido, señalábase concretamente que se indicaran los linderos y confrontaciones del pueblo, y que se pusiera al margen la figura del mismo, y esto último se cumplió en general indicando sencillamente el contorno con una línea poligonal o curva, según los casos. Pero las respuestas generales de algunos de esos pueblos pertenecientes hoy a la provincia de Santander, como Cereceda (ayuntamiento de Rasines) y los del valle

de Soba: Aja, Herada, Pilas, El Prado, Regules, Rehoyos, Rozas, San Juan, San Pedro, Santayana, Valcaba y Villar, llevan un dibujo sencillo y tosco ciertamente, pero de encantadora ingenuidad, que nos trae a la memoria los grabados en madera que engalanan las páginas de muchos viejos libros en que historiadores o caminantes y viajeros de antaño quisieron perpetuar las escenas y recuerdos, las costumbres y modalidades de ciudades y pueblos que visitaron, ofreciendo de ese modo, a la vez que solaz y contentamiento al espíritu que busca ávido el relato histórico de pretéritos días, agrado y deleite a la fantasía que intenta ansiosa lanzar el vuelo y tender una mirada escrutadora en el mismo ambiente donde tuvieron vida y realidad los acontecimientos y escenas que se describen.

Ocultos y desconocidos esos sencillos y curiosos dibujos que acaso algún ingenio popular trazó en las páginas de varios de los libros que se conservan del Catastro de Ensenada referente a los pueblos del partido del Bastón de Laredo, hasta la fecha no han pasado a ilustrar las relaciones monográficas o generales y capítulos de historia de la Montaña en el siglo XVIII, a pesar de la rareza de tales documentos; por eso se han escogido como anotación gráfica a estas notas, en que se pretende señalar y poner de manifiesto una fuente, oculta y desconocida para los más, y de importancia singularísima para el investigador de la historia de nuestra región.

TOMÁS MAZA SOLANO

VERSOS OLVIDADOS

(Al publicar Evaristo Silió *Desde el valle*, libro inicial de la poesía montañesa, otro poeta de nuestra montaña, de apellido notorio en la historia del arte regional, Enrique Gutiérrez Cueto, le dirigió una poesía, *En el valle*, inquiriendo la razón del tono sombrío y los temas desolados de sus versos. Las razones con que contesta Evaristo Silió corresponden al acervo internacional de la sensibilidad romántica; pero tanto en ésta como en el resto de sus poesías cabe apreciar un matiz peculiar de melancolía, privativo no sólo de su humana individualidad, sino de la personalidad de su comarca montañesa. Menéndez y Pelayo, en su juvenil ensayo sobre el poeta, señaló sagazmente lo que Silió tiene de común con poetas de su tiempo, y concretamente con el romántico pesimismo del egregio Leopardi. Había que completar la semblanza con lo que tiene de diferencial, de exclusivamente montañés, de norteño de España. La poesía de Silió aludida, no recogida en la colección de sus versos, y no inferior a la mejor que en ella figure, vió la luz así como la de Gutiérrez Cueto, en *El Ramillete*, revista que comenzó a publicarse en Santander en 1871.)

CONTESTACIÓN

A mi querido amigo Enrique Gutiérrez Cueto.

*Del arpa tuya, en lisonjero canto,
lamenta compasiva tu amistad,
de mis canciones el amargo llanto,
mi triste soledad.*

*¿Por qué, preguntas, tu dolor profundo?
—¡Porque en el valle del dolor nací!
Mirad al cielo y contemplad el mundo
que me han criado así.*

*En vano evocas por templar mi duelo
recuerdos del amor que sentí ayer...
En él están el padecer y el cielo,
mas triunfa el padecer.*

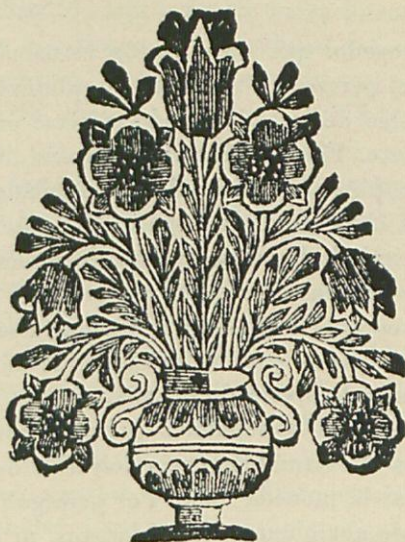
*Deja a mi pena suspirar sombría
las quejas de mi herido corazón;
deja, pues, que repita el alma mía
gimiendo esta canción.*

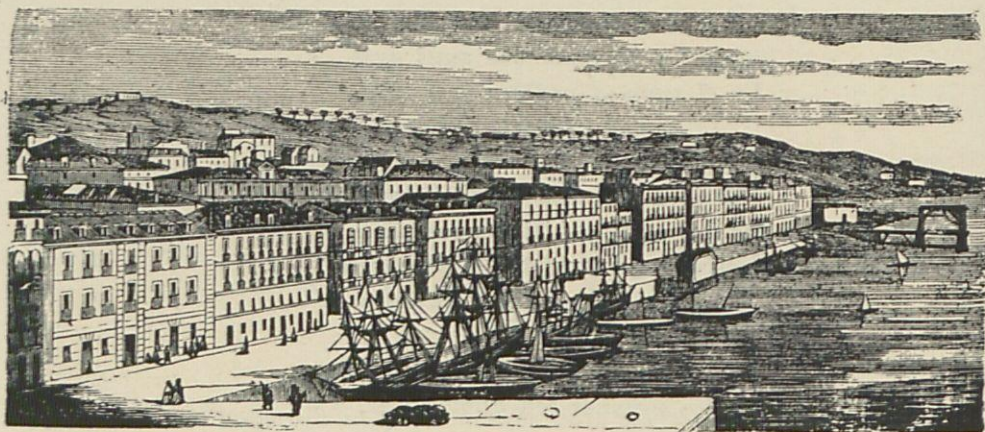
*«Cuando mi mente juvenil volaba
de cien visiones con afán detrás,
gloria y amores y placer soñaba,
que sueños son no más.*

*«Y es que a este valle, de la dicha lejos,
oscuro caos do el mortal surgió,
llegan ¡ay! de la dicha los reflejos,
pero la dicha, no.»*

EVARISTO SILIÓ

(Publicada en *El Ramillete*, 1871).





EL AYER SANTANDERINO

(LECCIÓN DE REPASO)

I

NECESIDAD DEL REPASO

Por muy amable y acogedor que sea el rincón vernáculo, y por mucho que atraiga y seduzca el perezoso almohadón de plumas que volaron lustros atrás, no es noble empleo de la vida el adormecerse en infructuoso, aunque apacible, sueño de aoristo. Pide la vida rumbo hacia adelante, pide levantar los ojos al sol del futuro, pide sed espiritual para el paladar del alma, pide siempre nuevas brasas para el fuego de la hoguera del entendimiento. Llegado el trágico diedro de la vital declinación, ¡pobre de quien sólo busque amparo en el cómodo decúbito de una retrocesión mnemónica! ¡pobre de quien en su *pretérito imperfecto* se consuela—grotesca soberbia—con saber de *«lo que ha sido»*, mientras ignora *«lo que es»* y no se preocupa de *«lo que será»*!

Pero es también necio desprecio de la vida—que es *tan vida* cuando pasada como cuando futura, ya en los sepulcros de los Faraones como en los atisbos de regímenes perfectivos—, es también necio desprecio de la vida el inconsciente o desdeñoso desvalorizar la moneda vieja. Por perseguir los flamantes y esnobistas dólares no han de abandonarse las *peluconas*, ni debe desdeñarse el oro rubio y pálido de las onzas bonitas. Las músicas sentimentales del *ayer* no pueden huir avergonzadas por las estridencias del *jazz-band*. Edifiquemos a la moderna, con agua corriente y calefacción, ascensores y profusión de luz eléc-

trica y de radiotelefonía; pero no derribemos la histórica torre del homenaje, ni la capilla tradicional.

Quiero decir con esto que cuando vengo yo a hablar de cosas pasadas no pretendo que ellas sean las únicas, ni siquiera las mejores. Muy al contrario, como santanderino entusiasta de mi pueblo, adoro su progreso, su adelanto en cosas, en gentes, en costumbres y en ilustración. Pero como viví más de medio siglo, y sé de cosas que fueron, y puedo contarlas—ya de visu, ya recogidas directamente de quienes las vieron—, aspiro a que ellas no se olviden. Sólo me refiero a las del *ayer* santanderino. Del *anteayer* tenemos preciosas crónicas y muy interesantes y verídicas referencias. Pero de la última mitad del siglo XIX en Santander hay escrito poco y muy difusamente. Los escritores santanderinos se han ocupado mucho de la historia, tomándola no pocos casi *ab ovo*. El inolvidable poeta Enrique Menéndez, en fuerza de ser modesto, delicado, sobrio y hasta tímido de exhibir su personalidad, apenas si apuntó algo de lo muchísimo que sabía, en sus famosas y admirables «Memorias».

No intento yo—líbreme Dios—escribir las mías, puesto que a mí me sucedieron muchas menos cosas que al glorioso vate montañés. Acaso venga a escribir (como dice José M.^a de Cossío) las «Memorias de otros». Ni voy a hacer historia, propiamente dicha, ni a precisar fechas. Hasta puede ser que involucre, por ignorancia o por falta de método, sucesos y personas. Sólo que no ha de preocuparnos el anacronismo, sino únicamente el deseo de que ahora, cuando la mocedad, a quien Dios bendiga como yo envidio, se preocupa más de corregir, aumentar y cambiar lo viejo malo en nuevo bueno, no queden en el olvido nombres y sucesos que tienen, si no utilidad práctica, al menos olor de sándalo, que recrea el sentido, y con el que se saborea el corazón.

Queden, pues, impresos aquellos sucesos y aquellos nombres. Cuando los lustros galopen, es bien que las venideras generaciones gocen el romántico placer de renovar en su imaginación, lo que era el Santander de antes.

En las colecciones de los periódicos locales están (¡oh *El Atlántico* y el *Santander Crema!*) muchísimos detalles de algo de lo que yo deseo referir. Muerto Enrique Menéndez, muerto también D. Víctor Llera (que no vivió, tampoco, siempre nuestro Santander, por andar con su claro entendimiento cultivando los de los estudiantes levantinos), pasados ya a otra vida mejor el caballeroso e instruído D. Pedro Escalante y el amable hombre-archivo D. Pedro Cagigas, y alejados de las letras otros claros varones que saben mucho de estas cosas viejas, me asalta a mí el temor de que si yo no pongo mano a la obra de evocaciones locales queden para siempre en el olvido muchísimas minucias que todavía no parecen interesantes, pero que lo serán mañana. Hago, pues, un esfuerzo de voluntad para charlar *en viejo*. Ni lo soy tanto, todavía, que puedan infundir respetuosa veneración mis palabras, ni soy tampoco tan mozo como desearía y como piden mis insaciables aficiones de vida. Conque perdónenme todos, cuando «no me vaya» el tipo del anciano que relata antigüedades, y

cuando, después de confesar que presencié muchas, se me vea todavía buscando el delicioso y regalado comercio con gente de pocos años.

Tengo en mi memoria—no mala, gracias a Dios—muchas escenas que presencié en mi niñez, y las imágenes imborrables de diversas personas. Además, oí a mis mayores y a bastantes amigos ancianos que tuve en mi juventud, como en mi vejez tengo bastantes amigos jóvenes, infinidad de relatos y referencias de cosas que no pude llegar a presenciar. Con todo ello, búlleme en el magín un torbellino que quisiera ir ordenando. Desde que asistí, vestido de *criatura*, a la escuela de «Las de Chomina», hasta que bailé en el Círculo de Recreo y en el primitivo Casino del Sardinero mis primeros vales y rigodones, traté gentes, oí cuentos, asistí a reuniones, escuché crónicas de otras, presencié con envidiosa admiración los escarceos juveniles de quienes ya murieron o viven achacosos, y me empapé tanto, tanto, del Santander de hace unos sesenta o setenta años, que bien por referencia o bien de ciencia propia creo poder formar un índice: el que de mí solicita amablemente LA REVISTA DE SANTANDER.

La vida santanderina de aquel antaño no era tan múltiple y variada como la de ahora, aunque tuviese mayor intensidad de hogar. Por eso pueden reducirse sus fases principales a seis, a saber: LA SOMBRA DE LOS TEMPLOS. LA AMIGA. LOS CATEDRÁTICOS. LA VIDA DE SOCIEDAD. DEPORTES Y RECREOS. ALGUNAS FIGURAS NOTABLES DE SANTANDERINOS.

Y, con ayuda de Dios y de la curiosidad y paciencia de posibles lectores, voy a tratar de escribir algo de cada uno de estos seis capítulos.

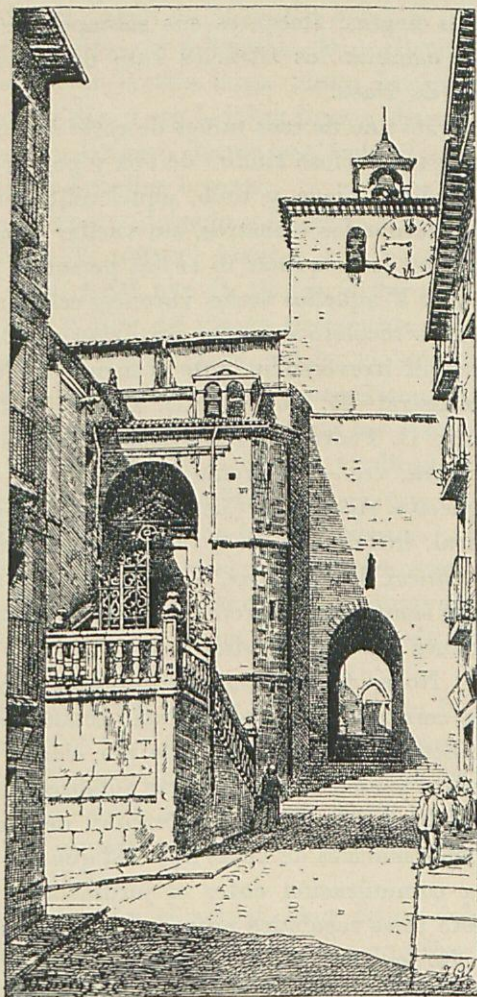
II

LA SOMBRA DE LOS TEMPLOS

No me remontaré—Dios me libre—a los tiempos en que en Santander sólo había una parroquia: la del Cristo, y en que todos los bautizos tenían lugar en la venerable pila de la Catedral. En los tiempos a que alcanza mi memoria, y la próxima y *directa* referencia de otras, había, lo mismo que hoy, cinco iglesias parroquiales en Santander: San Francisco, La Anunciación («vulgo Compañía», como decíamos siempre), Consolación, el Cristo y Santa Lucía. Y cobijando a todas, la vieja abadía, la Catedral, de cuya historia se ha escrito mucho y bien, en crónicas, libros y trabajos periodísticos.

Huyendo de la fácil erudición sacada de copias y traducciones, y viniendo a lo visto y a lo vivido, diré que así las escaleras de piedra, holladas por tantos millones de plantas, como los renegridos sillares de medrosa austeridad, que hoy podemos ver en el acceso y fachada de la Catedral, son los mismos de hace muchos siglos. Pasada la puerta, ancha antaño y hoy demasiado angosta para

la entrada de fieles, se llegaba a los famosos «Claustros de la Catedral». Eran ellos, en el Santander de antaño, un singular y venerable retiro. No sólo servían para las necesidades del culto, sino también de privilegiado y apacible paseo de los «señores». Aunque libre, *de Derecho*, la entrada a los claustros, estaba limitada instintivamente, por un respetuoso buen gusto, a muy contadas personas. Nadie pedía el *pase*, ni prohibía nadie el ingreso a «los claustros», aunque la magna figura del «perrero» asistía de continuo en la puerta. Por ésta pasaban en medroso silencio muchas gentes no siendo hora de misa ni de «función». Pero por las tardes, bien durante el coro canónico o después de él, iban llegando, poco a poco, algunos graves y respetables señores que por su carácter, por su apellido o por su amistad en el Cabildo, estaban tácitamente autorizados a pasear. Y paseaban. Paseaban lentamente, recorriendo, con muchas y largas paradas, y en ritmo procesional, todos los lados del cuadrilátero, aunque algunos, empedernidos fumadores, tornaban en la esquina del nordeste, porque en la crujía del norte, en donde estaba, y está, la puerta del templo, no se permitía fumar, por respeto y reverencia a ésta. Cruzábanse los grupos, caminando sin ruido y esbozando leves saludos y graves sonrisas. A la salida de coro, algunos canónigos o beneficiados se incorporaban a los paseantes seglares. Y solo, serio, hierático, como fantasma translúcido, iba, en la crujía del este—y sólo en ella—de arriba abajo y de abajo arriba, desde el ángulo del Cristo hasta la puerta de la sacristía, un hombre alto, magro, vestido de negra levita, con patillas grises, destocado, y tañendo notas sueltas, litúrgicas, evocadoras, en aquel misterioso y mágico fagot que era el que acompañaba el canto de los canónigos. ¿Se ensayaba nuestro solitario fagot, o es que se recreaba produciendo—como con sordina—aquellas



Entrada a la Catedral.

notas dolientes y tristes? No puedo decirlo ni quiero averiguarlo. Sólo recuerdo la impresión simpática y melancólica que me producía a mí (cuando mi padre me llevaba en su compañía a los claustros de la Catedral) aquel paseo tan serio, tan litúrgico, y aquella maniobradora, a mi parecer, con que el señor vestido de negro y de grises patillas desmontaba, a las veces, las tres piezas del instrumento, examinándolas minuciosamente, para volver a armarlas y proseguir su recogida melopea.

También, en ocasiones, interrumpía el solemne silencio de los claustros y el callado pasear de los señores un risueño alborozo, como gorjeo de pajarillos. Eran los «niños de coro», que, familiarizados con el ambiente y arriesgándose a tal cual coscorrón, pasaban corriendo, riendo en risas contenidas, y tropezando con seglares y sacerdotes, arremangadas sus sotanillas negras, flotantes sus sobrepellices sencillas, y con unas ganas enormes de cambiar los silencios cate dralicios por las carcajadas del sol en el muelle de Naos.

De uno de esos «niños de coro» recuerdo yo que era ciego, a pesar de lo cual, por su precioso timbre de voz y por su oído musical, había sido admitido en la «capilla». Ciego y todo, aquel niño corría velozmente, como si tuviera vista, por todos los claustros, sin vacilar nunca al llegar a cada ángulo y sin tropezar en las esquinas ni en las personas, porque su oído suplía la función de los ojos. Y aquellos serios varones, eclesiásticos y seglares, que transitaban por el paseo recoleto y que se revolvían airados y ceñudos ante la más pequeña sombra de irreverencia, ante el menor ruido, ante cualquier perturbación de la paz claustral—D. Cornelio, D. Indalecio, D. Pedro, D. Nicolás, D. Bartolomé, el otro D. Pedro, D. Rafael, el doctor Espinosa, D. Pedro Jozé, D. Gregorio, etcétera, etc.—, sonreían indulgentes y benévulos al bullicioso revolar del ciegucecito. Acaso «D. Ciriaco», el sencillo y virtuoso *sacerdote-sacristán* de la Catedral, influía en ellos, recordándoles que también él, ordenado ya «*secundum ordinem Melchisedec*», había empezado su carrera, entonces de virtuoso clérigo, por semejantes carreras traviesas y rebeldes, cuando era monacillo de la misma Santa Iglesia Catedral.

No se habían cerrado entonces con vidrieras los arcos del claustro, como se cerraron más tarde y como están ahora. Había en el centro un delicioso jardincillo, muy bien cuidado por cierto, en que algunos limoneros, tal cual naranjo y un par de palmeras sombreaban a medias (ya que tampoco hacía falta sombra) las plantas de geranios, de rosas y de claveles, encuadradas por unos bajos macizos de noble boj. Así que por eso, no habiendo cristallera, sino abierta la comunicación entre el jardincillo y los tránsitos del claustro, llegaban a éste unos regalados aromas (... *amaenissimum pomarium, gratissimo floridarum arborum perpetuo odore fragrans*, que dice Jorge Brawn) que ponían en el apacible conversar de los paseantes cierta nota mística, con un misticismo nada monjil, sino lleno de masculina y viril austeridad dulce y placentera, que mez-

claba, en acento circunflejo y en ángulo igual al de la cogulla frailuna, la línea del sentido con la recta del espíritu.

No osaba nadie penetrar en el recinto, abierto y todo, del jardincillo, como no fuera D. Ciriaco o algún canónigo de mesurado andar y morosas detenciones, o tal vez el *perrero* o el *pertiguero*, cumpliendo sus oficios con laudable largueza.

El «perrero» parecía tener por misión única la de arrojar del templo a los canes. Sólo que canes no solían aparecer nunca por aquellos lugares, pero sí chiquillos revoltosos, endiablados raquerillos, niñucas casi abandonadas de sus padres, algunas hijas de las pobres cigarreras encerradas todo el día en la «Fábrica», o zanganetes marineros en agraz, que como singular proeza se aventuraban a invadir aquel territorio exento, y que daban no poco que hacer al famoso e irascible «perrero». El cual, durante las fiestas religiosas—Misa, Bendición, Horas canónicas o función extraordinaria—vestía larga túnica invariablemente blanca, y traje seglar en el resto del día, y era hombre flaco y desmeдрado, bilioso y mal encarado, que andaba a latigazo limpio con todo el que tratase de quebrantar la reverencia debida a aquellos lugares.

En cambio, el «pertiguero», aunque también era delgado y huesudo y tenía, como el otro, la cara a medio afeitar, llena de cañones blancos o grises, iba mucho más poseído de sus funciones. Vestía, igual que él, túnica larga, pero del color que marcaba el ritual para el oficio y Misa del día en «*paramenta Ministrorum*», según el uso de la Iglesia romana: blanca, roja, verde, violada o negra. Llevaba en la mano su *pértiga* de plata, y caminaba reposadamente, dando golpes sobre las losas del pavimento, delante del cabildo, de las procesiones claustrales, o de los ministros y celebrante, así como del predicador, con una característica prosopopeya semejante (y líbreme Dios de irreverentes comparaciones) a la de los antiguos «tambores mayores» de los regimientos.

Cuando dejé de ser niño me enteré de que en las grandes Catedrales españolas existían el «Vara de Palo» y el «Vara de Plata». Y siempre que leí la novela de Blasco Ibáñez sentí la evocación de *mi* «perrero» y de *mi* «pertiguero» de la Catedral de Santander.

El interior de ella, en aquel entonces, no difería mucho del actual. Se hicieron obras en los paramentos de los muros y en el coro, el cambio del cual ha sido la mayor mudanza de la Catedral. Yo sentí mucho la del facistol, ya viejo y apolillado, que veía, cuando niño, dar vueltas a impulso de los de coro, para mostrar los viejos pergaminos de los amarillentos libros vetustos, con grandes caracteres góticos y gigantescos pentagramas.

El órgano viejo no se hallaba emplazado como el actual, sino dentro del mismo coro y muy en alto. Así que todo el trascoro quedaba enteramente libre y sin el techecito artesonado, hoy parte inferior del piso asiento del órgano, y se ostentaba, enteramente a la vista, aquella hermosa nave, en cuya pared posterior, frente al altar del *Lignum Crucis* y a bastante más altura que su

remate, había un gran reloj, encima del cual, el «*Papamoscas*», gracioso busto de muñeco pintado de rojo, con negros bigotes, daba las horas, las medias horas y los cuartos de hora, golpeando con el martillo que manejaban sus largos brazos en una sonora campana, no siempre de acuerdo con la del reloj de la torre. También sentí de veras la desaparición del «*Papamoscas*» y ver que la instalación del órgano nuevo cortaba lastimosamente la limpia y proporcionada altura de aquella nave, por esta parte en que la vecindad de las dos puertas de entrada (la del claustro y la de las escalerillas de la calle de Los Azogues) quedaba compensada por la veneración y recogimiento que inspiraba la preciosa reliquia de la santa Cruz.

No era en aquellas calendas—y supongo que en ningunas—mayor que hoy la piedad del pueblo de Santander; pero en la Catedral asistía mucho más «señorío» que ahora, sobre todo cuando se celebraban funciones solemnes. Sin duda, obedecía esto al menor número de conventos y capillas abiertos al culto público. Los Jesuitas residían en un viejo caserón de la Rua-Mayor, oían confesiones y dirigían la congregación de Hijas de María en la parroquia de la Anunciación, la de «Kostkas» en la de San Francisco y la de «Los Luises» en la de Consolación. Pero no tenían iglesia propia, hasta que el inolvidable P. Gregorio Remón inició la construcción de la actual. Frailes no los había en Santander, y en viendo una cogulla ya se sabía que procedía de Monte-Hano. Conventos de monjas eran muy contados los que había. Las santas Hermanas de la Caridad regían el Hospital y la Casa de Caridad e Inclusa. En la Rua-Menor se fundaban «las Odriozolas» con una capillita exigua (que no ha prosperado mucho), más destinada a la comunidad que al público, reserva en que todavía se mantiene a medias. En el «paseo viejo» de Miranda rezaban, casi a solas, las pocas religiosas de la fundación «Mazarrasa». Las ejemplares «Hermanitas» comenzaban en Santander sus sublimes tareas de sacrificio. Las «Siervas de María» también empezaban a desempeñar aquí su ministerio, sin que a su capilla—entonces muy pequeña y humilde—concurriesen más que los protectores y amigos de la casa, y eso en los días de la novena a la Virgen de la Salud. Y las Hermanas de la Caridad *francesas* tenían a su cargo la enseñanza gratuita de párvulos pobres en el «Asilo de San José», inaugurado en 1865, fundado por D.^a Rosa Prieto en unas escuelas que poseía D. Cornelio Escalante en la calle de la Concordia, y trasladado después a una casa edificada en terreno cedido con tal objeto por la respetable señora D.^a Joaquina Bustamante de Dóriga, presidenta de una «Asociación de Señoras» (D.^a Ramona de Vial, doña Dolores Aguirre, D.^a Dolores Revilla, D.^a Nemesia Montalván, D.^a Josefa Campuzano...) que dirigían la institución, y pagaban las estancias de las monjas y demás gastos, con el importe de una suscripción pública, en cuyas listas figuraban todas las familias de alguna significación en Santander, y con los productos de las famosas «Rifas» (no se llamaban «Tómbolas» entonces) de que en otro capítulo hablaremos, y de las que se obtenían muy buenos rendimien-

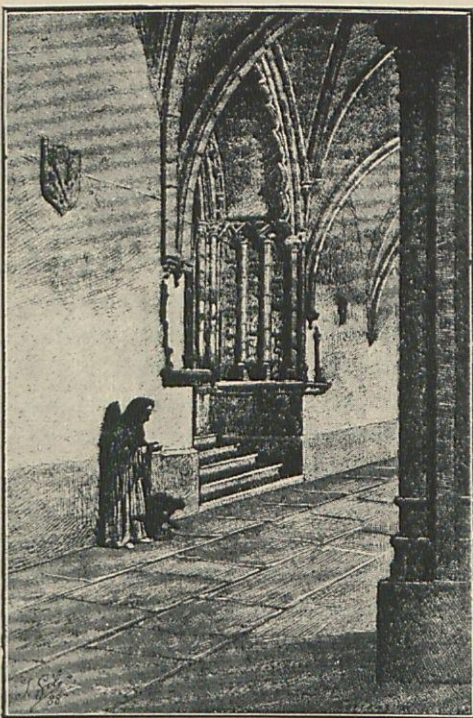
tos. Y, finalmente, casi junto a este «Asilo», estaba el convento-colegio de «La Enseñanza», en el cual se daba instrucción retribuida a señoritas externas o internas.

Así es que, no concurriendo a estas capillitas sino muy contadas personas, la mayoría de las familias santanderinas —cumplidos sus deberes parroquiales—acudían a los actos públicos de piedad que en la Catedral se celebraban con la debida pompa de ritual.

Claro que las ceremonias litúrgicas eran esencialmente las mismas de ahora. Pero la presencia de gentes principales, que alternaban, como es ley de Cristo, con los pobres y humildes, y lo decoroso y espléndido de los indumentos, parecían poner un apresto magnífico y lucido a todos los actos del culto de la iglesia madre.

En cuyas naves laterales veíase profusión de mantillas de blonda, ricos trajes de seda, negras levitas y botas charoladas. Se oía el rumor de los varillajes de nácar de muchos abanicos. Los niños de corta edad, llevados por sus padres, y aun estos mismos, atendían con recogimiento reverente a todas las ceremonias, y miraban cómo, en medio de la nave central, los «señores del Ayuntamiento» ocupaban los recios bancos blasonados con las armas de la ciudad, a cuyos extremos lucían blancas pelucas los maceros del Ayuntamiento, vestidos de rojas dalmáticas, que eran negras en Semana Santa, y que en la misa del Sábado de Gloria iban presurosos a cambiar—sacristía adentro—para salir otra vez vestidos de rojo, cuando las manos infantiles agitaban las ruidosas campanillas. Gustaban los fieles de entonces, hasta las señoras ancianas y los sesudos varones, de contemplar cómo cruzaban del coro al presbiterio las largas *colas* canonjiles, o bien los dos monaguillos que daban a besar «la Paz»; cómo el maestro de ceremonias señalaba con el rico puntero las páginas del misal, y cómo entraban y salían, por la puerta de la sacristía, ciriales, sotanas y sobrepellices, mientras el órgano cantaba austeramente, y se elevaban las agudas agujas cristalinas de las voces de los típles entre las densas y copiosas nubes de incienso que impregnaban todo el vasto recinto con su perfume de paz y devoción.

En los días de Semana Santa aumentaba la concurrencia del «señorío» a



Claustro de la Catedral.

la Catedral. Solían hacerse de once a una las visitas de los Sagrarios en Jueves Santo, y para hacerlas vestían los caballeros levita y sombrero de copa alta, trajes de seda negra o morada las señoras, y las jóvenes tocábanse con lindas y bien colocadas mantillas. Todo el claustro de la parte norte, y a veces un trozo de la del poniente, estaban ocupados por *mesas petitorias*, pesadilla de los muchachos de entonces. Porque presidían esas mesas, en turno riguroso, las más conocidas damas de la aristocracia santanderina, llamadas por Asociaciones piadosas, por las de Caridad, o por algunas Congregaciones, para «pedir» limosnas. Y aquellas damas tenían singular empeño, que hacían de amor propio, en recaudar mucho dinero, para lo que, con la debida anticipación, avisaban a sus amistades en qué lugar y a qué hora pedían, y en viendo gentes de su conocimiento cruzar hacia el templo, luego tomaban una moneda y con ella golpeaban la bandeja, que se iba llenando de duros, de pesetas y hasta de billetes de Banco y de moneditas de cinco duros, pues entonces todavía andaba el oro acuñado en muchas manos de particulares. A los jóvenes que se habían librado del comprometedor aviso importaba mucho atisbar desde afuera *quiénes pedían*, para llegar a la mesa y depositar, ufanos, su donativo cuando las *pedigüeñas* eran de su agrado y predilección, o para salir huyendo si no lo eran, pues no solía casi nadie incurrir en la desatención (que por tal se tomaba entonces) de pasar de largo sin «echar» algo. Y los que tenían que pasar y no qué ofrecer, hacíanlo como distraídos, simulando tratar de cosa importante con sus amigos, y evitando cuidadosamente que sus miradas llegasen a las de las damas. Algunos, ya cumplido el compromiso, eran bastante audaces para acercarse a la mesa de su preferencia y ayudar, muy ufanos, a contar el dinero. Y siempre que en las bandejas caía una moneda, paraba el repiqueteo sobre ellas y una amable sonrisa, una elegante inclinación de cabeza o una mirada afectuosa, daban las gracias.

Todavía hoy, cuando llego yo a la antigua abadía, siento en mí rebullir recuerdos de antaño, y me parece ver las venerables imágenes del doctor Calvo y Valero, o del elocuentísimo D. Vicente Sánchez de Castro, de D. Salvador Ordóñez «el Magistral», de D. Pedro José Espinosa, de D. Alejandro Cueto, de D. Rafael Rey Vázquez, de D. Gregorio Guilarte, de D. Crisanto y de tantos otros señores del Cabildo, a los que en mi niñez hízome conocer mi santo padre, que era muy piadoso y frecuentaba el trato de ellos, paseaba por los claustros y asistía a todas las solemnidades que se celebraban en la Catedral. Todavía me parece que vagan, paseando por las naves claustrales, la reposada figura de D. Francisco Ganuza, la de D. Mariano Aguirre, la de su hermano D. Juan Pablo, de nervioso y ágil caminar, que cuando la lluvia le impedía dar sus largos paseos se refugiaba allí, y la de D. Pedro Cagigas, con su aventajada estatura y su gracioso desgarbo; la de D. Bartolomé Bengoa, severamente dulce; la de D. Nicolás Cavada, pulcro y delgadísimo, o también la de nuestro glorioso escritor D. Amós de Escalante, con las manos a la espalda y entre ellas el bastón,

y las de otros muchos señores que sería prolijo, aunque no para mí difícil, enumerar. Unos eran «habituales», asiduos concurrentes a los *claustros*—«abonados», que diríamos en el *argot* moderno—y los otros, «ocasionales», accidentales, bien recibidos siempre, pero benévolamente *tolerados* y admitidos por los poseedores de aquel recogido recinto. Así le paseaban, con uno u otro carácter, D. Sinfonoso Quintanilla, con el puro entre los dientes y la mirada vivaz y veletera, o D. Marcos el corredor, o D. Ildefonso, o aquella inolvidable figura plena de personalísimo decoro de majestad natural, de D. Juan Manuel Mazarrasa, grueso de cuerpo, de continente reposado, con la levita flotante, algo caído el hombro derecho, y que al acompasado movimiento de la lengua perilla y de los poblados mostachos iba pronunciando, con voz pastosa y serrando las eses, sentencias discretísimas, juicios agudos, certeras indicaciones y lapidarios comentarios, envueltos en una forma solemne y elocuente, sin pretensiones, pero llena de ponderada facundia, y en cariñosas y cordiales inflexiones que ponían tolerancia en la misma estrecha y purísima moral de los áticos conceptos con que aparecía siempre, en la plática, el eminente jurisconsulto, como aparecía en el foro el literato y humanista. Y no faltaba, en ocasiones, la elegante figura de D. Adolfo de la Fuente, con sus lentes de oro, sus abiertas y pulquérrimas patillas, su calva frente con sello de exquisita distinción, y aquella envuelta desenvoltura de hombre de sociedad que como por su propia casa se entraba en todas partes, supuesto que en todas le deseaban, recibían y acogían como a ingenio claro, de limpio decir y acertada retórica, en lo familiar y en lo literario, que así cautivaba la atención de las damas en los salones como la de los graves varones en el *Círculo*, y como la de teólogos, humanistas y gentes de sotana, en sacristías y en los claustros de la Catedral.

¡Oh, cuánto diera yo, y cuánto podían dar todos los santanderinos, porque algún maravilloso invento permitiese hoy que sobre los muros de «los claustros» pudiesen aparecer aquellas imágenes venerables, de ninguna de las cuales quedó en la ciudad recuerdo que no sea óptimo, y porque algún prodigioso disco de gramófono o algunas raras e inconcebibles ondas pudieran reproducir las conversaciones, los comentarios y hasta los saludos y cortesías de tan grandes señores, cuyo ejemplo (hay que decirlo valientemente, sin temor a ser tachado de viejo añorante) serviría de mucho a estas gentes modernas, sí superiores a ellos en ilustración, en cultura progresiva y en muchas cualidades excelentes que nos traen los siglos, pero muy inferiores en pureza de intención, en nobles anhelos, en desinterés y en la espiritualidad que volaba, como paloma maga, por los incensados ámbitos de los claustros de la Catedral, que todavía conservan la mística huella del aleteo blanco...

RAMÓN DE SOLANO

(Se continuará.)

ACTAS DE AYER

MEMORIA DE PITO SALCES

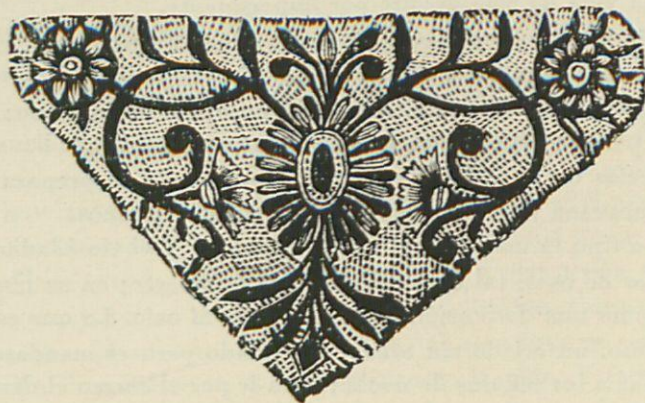
Cuando recibo la noticia de la muerte de Pito Salces, mi espíritu queda indeciso entre la verdad y la mentira. ¿Ha muerto un héroe de novela o un hombre? ¿Ha existido en el mundo Pito Salces? Este es el gran equívoco de Pereda. El leve apoyo que tomó en la realidad para crear el personaje. Así, al héroe real, más bien que vida novelesca, lo que le dió fué fama. El tío Eladio, como le llamábamos todos desde la publicación de *Peñas arriba*, vivió del nombre de la novela, y aun se gozaba él con la suplantación. Curioso problema de personalidad. Pero la suya era tan fuerte que el novelista no pudo dominarla, y así quedó un Pito Salces en el libro, y otro en la vida. Y éste de la vida es el que se ha muerto, ya que el del libro, por el impulso creador del genio, goza de existencia inmortal. Pero yo quisiera aprisionar el ser del Pito Salces vivo, el que yo conocí, para que no se escapara nunca de aquel paisaje de mi infancia, lleno de senderos entre brañas, senderos que parecían sortear todas las direcciones del mundo, por los que trotaba su borriquillo malva; su borriquillo, que cada feria era uno distinto, y que siempre tenía aire de forastero; de veraneante, como yo, con las orejas sensibles a todos los ruidos del mundo, tan lejanos, y en los ojos dormidos los anhelos nómadas.

Quizá la línea más definida de la personalidad del tío Eladio era el despeggo de todo lo local; el ímpetu siempre dispuesto a la aventura de los viajes. Y así era deliciosa su geografía pintoresca, en la que los mapas estaban sustituidos por cuadros de costumbres llenos de color; por rosario de malicias en torno a las ventas y figones de ferial; por tretas y golpes de ingenio de vagabundos,

filósofo... Buen andar, buena canción, buena sonrisa. Un palo siempre listo para quitar las ramas de los setos, para acercar las piedras de los regatos, para coger las maletas de la llegada...

Pito Salces, ¿qué habrá sido de tantos borriquillos malva como tuviste en la vida?

FRANCISCO DE COSSÍO



LIBROS DE NUESTRA MONTAÑA

FERMÍN DE SOJO Y LOMBA.—ILUSTRACIONES A LA HISTORIA DE LA M. N. Y S. L. MERINDAD DE TRASMIERA.—Libro esperado por todos los interesados de la historiografía de nuestra región, y en el que si se habían depositado esperanzas de acierto, avaladas por la dedicación, probidad y estudios de su autor, han sido superadas por la obra. Libro verdaderamente fundamental, monografía localista en que el amor del historiador a la tierra, a las costumbres y a las tradiciones no ha restado nada al rigor crítico, al aparato erudito, a la visión amplia del panorama histórico, a la conciencia de la misión monográfica. Modestamente titula su autor el primer tomo de su obra *ilustraciones*, siendo, como son, la propia historia de Trasmiera. Porque lo cierto es que con toda nuestra fama de tradicionalistas, de comarcalistas, de apegados a nuestro terruño, y con toda nuestra gloria de escritores de nombre abrumador la historia de nuestra Montaña está aún por hacer. Meritísimos allegadores de materiales van proporcionando datos sin los que sería inútil intentar una obra de conjunto, y aun a veces han logrado y logran iluminar un problema o un momento de nuestra historia; pero no creo que hasta ahora se haya intentado el estudio de una porción de nuestra montaña, de sus instituciones y costumbres, a través de todos los tiempos, sin perder de vista el panorama de la historia patria, de la que estas parciales no son sino ramas nutridas de su misma savia. Pero esta limitación del territorio historiado no significa cercenamiento del alcance universal de la obra. Lo que puede ser pequeñez en la extensión, está suplido por la profundidad intensísima del análisis histórico, que al llegar en sus anatomías a las fibras más esenciales de instituciones y sucesos logra raíces de eternidad imperecederas. Así D. Fermín de Sojo y Lomba ha logrado la aspiración que con aparente paradoja enunciaba un queridísimo maestro: *escribir la historia universal de Trasmiera*.

«Los actuales momentos son críticos en la vida montañesa. Por primera vez en la historia se ha visto un terruño invadido por innúmeras gentes extrañas atraídas por su circunstancial riqueza, y córrese el riesgo por los hijos de la Montaña de contemplarse extranjeros en su patria. Todo anima, pues, a salvar del general naufragio cuanto en recuerdos y tradiciones perdure en ellos...» Así habla el ilustre trasmerano, y al emprender la empresa no sólo salva, archi-

vándoles en las páginas de su libro, tales recuerdos, sino que pone en pie toda la historia de su comarca, y en sus instituciones modestísimas, en sus regidores, pedáneos, diputados de la Merindad y diputados de cortes, da un trasunto fidelísimo de la vida jurídica y familiar de más amplias instituciones y regiones. Quintaesencia de humanidad en pequeño receptáculo; reducción a mínimo patrón de las más amplias organizaciones políticas.

Mas al notar este alcance general en monografía de tan local apariencia, al brindar a todos, como obra a todos atañente, este libro ejemplar, fruto de la noble dedicación de una vida, que sólo con esto puede aspirar al calificativo de fecundísima, quiero destacar la parte que por todas estas razones y por todas las de localidad y afecto nos corresponde exclusivamente a los montañeses. Para la historia de nuestra montaña es día de fiesta el de la aparición de este volumen, y lo será definitivo el de la coronación de obra de tan noble empeño emprendida con idoneidad tan insuperable.

CATÁLOGO DE MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA DE MENÉNDEZ Y PELAYO, POR SU BIBLIOTECARIO MIGUEL ARTIGAS.—Hacer asequibles los materiales todos de la biblioteca de Menéndez y Pelayo es empresa en que viene ocupándose la Sociedad que lleva el nombre del maestro por medio de su *Boletín*. Alma de esta labor es Miguel Artigas, que así entiende su misión de bibliotecario. Porque es curiosa la disyuntiva de criterios entre bibliotecarios o archiveros; unos creen su misión *guardar*, y así les es enojoso el lector y el investigador que hace salir de su secular escondite el libro o el documento; otros prefieren que los tesoros de bibliografía y documentales anden a la luz del día y por todos los hogares a disposición de todo estudioso que, sabiendo previamente el contenido de las bibliotecas —casi siempre verdaderas arcas selladas— pueden aventurarse a la visita y dedicar su tiempo a tal biblioteca o cual archivo. A este catálogo de manuscritos seguirá el de impresos, y ya en circulación uno y otro se habrá desvendado el secreto de la gran biblioteca, y se habrá hecho inútil la conjetura o la consulta sobre si hay o no tal libro o manuscrito.

He de pedir indulgencia por saludar la aparición de este catálogo —en el que es excusado ponderar la precisión bibliográfica, la disposición de índices y tablas para facilitar el manejo, en suma la perfección técnica— con tan vulgares consideraciones. Pero acaso eran precisas para definir de una vez a Artigas como el bibliotecario modelo, como auxiliador eficacísimo de cuantos se dediquen a la investigación, como jefe ejemplar de la gran biblioteca de Menéndez y Pelayo, nuestro primer depósito bibliográfico por su riqueza e importancia, y además indeleblemente tramado a nuestra vida cultural, por el gran escritor que supo reunirle y legarle y por cuantos han usado de él con la devoción y el espíritu que Miguel Artigas, montañés de adopción siempre en la línea trazada por el ejemplo del jefe, señor y Maestro.